

LA RELIGIOSIDAD DE LOS ESPAÑOLES Y LA IGLESIA CATÓLICA: UNOS DATOS Y UNA HIPÓTESIS

Juan Carlos Rodríguez

ASP Research Paper 82(a)/2008

Sumario

1. Los datos
2. Estrategia de la Iglesia Católica española

ASP Research Papers

Comité de Redacción /Editorial Board

Víctor Pérez-Díaz (director)
Berta Álvarez-Miranda Navarro
Joaquín Pedro López Novo
Josu Mezo Aranzibia
Juan Carlos Rodríguez Pérez
Fernando González Olivares (redactor jefe)

Comité Científico Internacional /International Scientific Committee

Daniel Bell (American Academy of Arts and Sciences)
Suzanne Berger (Massachusetts Institute of Technology)
Peter Gourevitch (University of California, San Diego)
Peter Hall (Harvard University)
Pierre Hassner (École des Hautes Études en Sciences Sociales, París)
Kenneth Keniston (Massachusetts Institute of Technology)

© Juan Carlos Rodríguez
Este trabajo no podrá ser reproducido en todo
o en parte sin permiso previo del autor

Depósito legal: M-6126-1994
ISSN: 1134 - 6116

Algunos de los que leen estas líneas saben que si mi profesión es la que es, la de sociólogo (y politólogo, a ratos), se debe, en gran medida, a Isabel Sancho y don Agustín Andreu. Mis estudios de bachillerato iban claramente orientados hacia una carrera científica, Biológicas, quizás, pero un par de veranos en el Zambuch, y unas cuantas conversaciones, me llevaron a descubrir una vocación más bien humanística. Ésta se concretó, primero, en unos estudios de Ciencia Política, y, después, en una carrera profesional en el campo de la Sociología.

De todos modos, pocas veces he trabajado de sociólogo para Don Agustín. Probablemente, la primera fue una vez que me pidió unos datos sobre la religiosidad de los españoles en la España actual, y que él citó en un artículo publicado en la Revista de Occidente. Esos datos forman parte de una investigación intermitente sobre la religiosidad de los españoles en la España de hoy, en particular sobre el avance de los procesos de secularización.

Tomo esos datos como pie para un breve comentario sobre la paulatina (o quizá rápida) erosión de la influencia de la Iglesia Católica –y, quizás, del catolicismo– en la moral y las costumbres de los españoles, así como para presentar someramente una hipótesis sobre una de las causas de esa erosión.

1. Los datos

Recordemos algunos de los datos básicos sobre la religiosidad de los españoles.¹ Por lo pronto, es de notar la caída en la proporción de españoles mayores de edad que se declara a sí mismo católico en las encuestas de opinión: si hacia 1970, casi el 100% lo hacía, hoy ese porcentaje suele situarse entre el 75 y el 80%. La mayor parte de esa caída se ha reflejado en un aumento de la proporción de indiferentes hacia la religión, agnósticos y ateos. No olvidemos, de todos modos, que los católicos practicantes son una minoría, que ronda el 30%. Y no descuidemos que el porcentaje de católicos declarados entre los más jóvenes (los de 18 a 24 años) ronda el 60%.

¹Los datos que se mencionan en el texto proceden de las fuentes estadísticas al uso. Los de autoubicación como católicos, de encuestas de opinión, como las del CIS. Los de matrimonios y nacimientos, del Movimiento Natural de la Población, del INE. Los de divorcios, también del INE. Los de abortos, del Ministerio de Sanidad. Los de matriculados en Religión Católica, del Ministerio de Educación. Los de vocaciones religiosas, de los Anuarios Estadísticos del INE y las propias estadísticas de la Iglesia Católica. Los de las declaraciones de impuestos que marcan la casilla de la Iglesia, de las Memorias de la Administración Tributaria.

Otros indicadores sugieren que son cada vez más las personas que no siguen las recomendaciones morales de la Iglesia. La formación de familias pasa cada vez menos por el matrimonio católico. De los matrimonios entre personas de diferente sexo que se celebraron en 2007, un 45% se llevó a cabo “por lo civil”.² No sólo eso: cada vez son más las parejas que no pasan ni por la vicaría ni por el juzgado o el registro civil. Es probable que más de un 12% de todas las parejas existentes en España sea una pareja de hecho, aunque el porcentaje es más alto en las parejas más jóvenes. Prueba del aumento de estas formas de convivencia es que el nacimiento de los niños ocurre cada vez más fuera del matrimonio, no ya el católico, sino de cualquier tipo: en 2006, un 28% de los nacidos vivos nació de madre no casada.

A su vez, el número de divorcios casi no ha dejado de aumentar desde que son legales, esto es, desde 1981. Obsérvese, sin embargo, que las elevadas cifras actuales, de 2006/2007,³ son excepcionales, resultado temporal del cambio legislativo habido en 2005, por el cual es mucho más sencillo divorciarse que antes, especialmente porque no se requiere una separación previa.

Lo importante de estas tendencias es que apuntan a que cada vez más niños van a nacer en el seno de familias con poca o nula implicación en la vida religiosa de los católicos. Por ejemplo, si los padres no están casados por la Iglesia (o, simplemente, no están casados), se reduce mucho la probabilidad de que el hijo sea bautizado, haga la comunión y demás ritos que, a su vez, pueden encaminarle por una vida al modo católico, aunque sea de manera tibia.

El encaminamiento a esa vida a través de la escuela tampoco parece que esté teniendo mucho éxito. El porcentaje de alumnos que elige la asignatura de Religión Católica va cayendo poco a poco. Pero lo más relevante es el brusco cambio que se da entre Primaria y Secundaria: en el curso 2005-06 se pasa de un 79% en Primaria, a un 59% en Educación Secundaria Obligatoria, y a un 53% en Bachillerato. En estos dos últimos niveles, los

²El mero hecho de tener que especificar “personas de diferente sexo” es prueba del debilitamiento de la influencia de la Iglesia. En 2005 se aprobó en España una reforma del Código Civil que permitía los matrimonios de personas del mismo sexo, convirtiéndose España en uno de los poquísimos países que los permite.

³En 2007, se produjeron unos 200.000 matrimonios de personas de distinto sexo, pero más de 125.000 divorcios. Lo lógico es que la cifra de divorcios caiga en los próximos años, una vez casi vacío el *stock* de parejas separadas que ha optado por divorciarse, para volver a ascender después.

estudiantes dependen mucho menos de los padres en su elección –y eligen menos Religión Católica que aquéllos.⁴

Algunos otros indicadores muestran la erosión de la que hablo, en distintos ámbitos, especialmente en el de la moral sexual, pero uno es especialmente serio, el del número de interrupciones voluntarias del embarazo, o abortos voluntarios. Éste, casi, no ha dejado de subir desde la despenalización del aborto en 1985. Aunque tendía a estabilizarse en la segunda mitad de los noventa, después ha crecido linealmente. En 2006, se llevaron a cabo 101.592 de esas interrupciones, lo que supone que de cada 100 embarazos registrados, 17 acaban en aborto.

Hay que señalar, de todos modos, que buena parte de estas tendencias se han acentuado en los últimos siete u ocho años, en gran medida a causa de los distintos patrones de formación de familias, relaciones familiares y anticoncepción que tiene el creciente número de extranjeros que están estableciendo su residencia en España.

Se me olvidaba un último dato. Las vocaciones religiosas no han hecho más que caer en los últimos treinta años.

2. Estrategia de la Iglesia Católica española

Un mercado de creencias

Metafóricamente, podemos entendemos el proceso de persuasión religiosa y moral en una sociedad como un mercado de ideas y creencias. No porque éstas se compren y se vendan, sino porque actúan muchos demandantes (los individuos) y pueden actuar uno o bastantes oferentes (iglesias, elites culturales, elites sociales, el Estado, etc.), todos ellos en un ejercicio continuo de persuasión recíproca. En España, al menos desde el siglo XIX, la Iglesia ha tenido que afrontar un cambio fundamental en su posición en este mercado: no ha tenido más remedio que aceptar el tránsito, lento, a lo largo de más de un siglo, desde una situación de cuasi-monopolio a otra de libre competencia.⁵

⁴El salto en los centros públicos es todavía más notorio: de 75% se pasa a 46% y a 39%.

⁵Víctor Pérez-Díaz, *La primacía de la sociedad civil* (Madrid, Alianza, 1993), pp. 145 y ss.

En esa transición ha sido muy importante el papel del Estado, que ha podido ser más o menos contrario a los intereses y/o estrategias de la Iglesia. En ocasiones, una parte de la clase política a cargo de ese Estado ha llegado a perseguir a la Iglesia, o a dificultar mucho su acción. De ello tenemos algunos ejemplos en el siglo XIX y, en especial, en algunos momentos de la II República.

En general, la estrategia dominante en la Iglesia para hacer frente a las limitaciones provenientes de esos segmentos de la clase política ha sido la alianza con los segmentos opuestos, en la esperanza de recuperar posiciones de privilegio o, incluso, de monopolio, una vez retornada la oposición al gobierno. En la práctica, esos retornos no siempre permitieron una vuelta a la posición de privilegio inicial de la Iglesia, sino que implicaron cesiones y acomodos con una realidad política y social cambiante. Se establecieron nuevos equilibrios, nuevas relaciones Iglesia-Estado que la Iglesia tuvo que aceptar a regañadientes.

Durante la II República los ataques a la Iglesia fueron considerados por ésta como excesivos, de modo que fue imposible llegar a un nuevo equilibrio pacífico entre la Iglesia y las fracciones adversarias de la clase política, como sí pudo llegarse con la restauración de los años setenta del siglo XIX. La victoria del bando nacional, en el que participó con armas y bagajes la Iglesia, permitió a esta Iglesia triunfante optar, una vez más, por recuperar una suerte de monopolio en el mercado de ideas y creencias. En gran medida, lo consiguió, o pareció conseguirlo, al menos formalmente.

En qué medida el triunfo fue profundo y real es más dudoso. ¿Consiguió, de verdad, la Iglesia recatolizar una España que había sido, en parte, liberal, socialista o anarquista en el siglo XIX y principios del XX? Desde luego, sí lo consiguió en las formas exteriores: en los años cincuenta y sesenta, todos los matrimonios se celebraban por la Iglesia, todos (o casi todos) los niños eran bautizados, todo el mundo hacía la primera comunión, muchos se confirmaban, etc., etc. No todo el mundo iba con asiduidad a misa, pero la frecuencia de asistencia era mucho más alta que ahora.

¿Tenían profundidad esos cambios aparentes? No lo sabemos a ciencia cierta, pero sí sabemos que las gentes del común fueron abandonando poco a poco el magisterio moral de la Iglesia, en fechas tan tempranas como los años sesenta. Basten, por ahora, dos ejemplos. Por una parte, la familia tradicional, bendecida por la Iglesia, empezó a cambiar

ya por entonces. Quienes tuvieron sus hijos en esos años y los primeros setenta, aun siendo protagonistas de un boom demográfico, apenas tuvieron 2,7 hijos de media. De hecho, las familias españolas llevaban décadas limitando su natalidad, con métodos bendecidos o no por la Iglesia. En parte, esa limitación tenía por objeto el poder invertir mucho más en la educación de cada hijo, y, no se olvide, de cada hija. Esto es importante: las decisiones educativas tomadas entonces por esas familias acabarían transformando radicalmente la relación de las mujeres con la educación y con el mundo del trabajo, e, indirectamente, su dependencia de los varones, esto es, de sus maridos y de los sacerdotes.

Por otra parte, los cabezas de familia y, en especial, las amas de casa de esas familias en los años sesenta, lejos de escuchar las habituales condenas eclesiásticas al consumismo, el materialismo y el hedonismo que nos invadía, se lanzaron a colaborar como el que más en la construcción de la venidera sociedad de consumo de masas. Desde entonces, el mensaje eclesiástico de moderación o morigeración de las costumbres ha encontrado poco eco en las masas consumidoras.

La Iglesia universal y la Iglesia española intentaron un nuevo acomodo con los nuevos tiempos de democracia y economía de mercado. Las transformaciones internas en la Iglesia española, protagonizadas, sobre todo, por curas jóvenes que habían marchado a estudiar en otras capitales europeas, acabaron encontrando apoyo en los vientos de cambio que caracterizaron al Concilio Vaticano II. En el fondo, por seguir con nuestra metáfora del mercado de creencias, la Iglesia universal optó tras ese Concilio por admitir, quizá con timidez, la existencia de un mercado libre de creencias, en la que la Iglesia sería un oferente más, quizá con algún reconocimiento público y algún privilegio heredado, pero, en lo básico, se aprestó a afrontar de mejor gana la competencia.

Una competencia poderosísima

El problema es que, desde entonces, la competencia en ese mercado ha sido todavía más feroz, y que la Iglesia española ha preferido, quizá hasta hoy, como veremos, afrontarla sin aceptar del todo la situación de libre competencia, sin verse a sí misma en la necesidad de actuar en tales condiciones.

“Ofertantes” en ese mercado, en pie de igualdad o, incluso, en mejores condiciones que la Iglesia en cuanto al acceso a las mentes de jóvenes y mayores son muchos. Mencionemos los principales.

Primero, compite la Iglesia con los distintos segmentos de la clase política, con sus propias ideas de qué es un buen ciudadano o qué es un buen consumidor, o un buen padre, una buena madre, un buen hijo, un buen marido, un buen ecologista, etc. etc. Y esa clase cuenta con la capacidad para intentar imponer esas ideas a través de leyes y reglamentos de educación, de sanidad, de consumo, de derecho civil, etc. Piensen, por ejemplo, en la controversia sobre la nueva asignatura de “Educación para la ciudadanía”. Cuenta la clase política, a su vez, con la capacidad para difundirlas desde decenas de altavoces (medios de comunicación), con costes de difusión bajísimos. Un oferente verdaderamente poderoso, sin duda.

Segundo, compite con otras elites sociales y culturales que, bien produciendo ideas, bien por comportamientos ampliamente conocidos por el gran público, proponen modelos de conducta ajenos a los defendidos desde la Iglesia. Aquí incluiríamos a periodistas, artistas, cantantes, actores, cineastas, literatos, personajes "del corazón", científicos, incluso algunos filósofos, y unos pocos sociólogos. Buena parte de ellos operan directamente en los mercados de consumo de masas o aprovechan su posición en esos mercados para promover sus propias ideas y comportamientos. Casi todas estas elites tienen una inclinación secularizadora, de modo explícito o implícito. En más ocasiones de las que solemos reconocer, los intentos secularizadores son plenamente deliberados y sistemáticos, y no está nada claro que la secularización de las sociedades avanzadas vivida en los dos últimos siglos sea resultado necesario de una supuesta modernización, sino, más bien, de luchas entre actores reconocibles en coyunturas históricas determinadas.⁶

Tercero, como el “mercado” nacional de ideas y creencias no está aislado del resto del mundo, la Iglesia española compite con los modelos credenciales y de comportamientos propuestos por las clases políticas de otros países, y las internacionales (o supranacionales), así como por las elites socioculturales de otros países o las que operan a escala global.

⁶Christian Smith, “Rethinking the secularization of American public life”, en Christian Smith, ed., *The secular revolution: power, interest, and conflict in the secularization of American public life* (Berkeley, University of California Press, 2003), pp. 1-96.

Cuarto, todas esas ideas y modelos de comportamiento alcanzan una enorme difusión a través de medios de comunicación que pueden llegar directamente, sin intermediarios, a todos los individuos y en cualquier momento.

Los “demandantes” en este mercado de creencias son ciudadanos y consumidores de sociedades urbanizadas, educadas, ricas, con niveles de ingresos históricamente elevadísimos y, consiguientemente, niveles de consumo desconocidos hasta la segunda mitad del siglo XX. Es decir, se trata de sociedades pobladas por individuos y familias capaces de atender a la variada oferta antes mencionada, y dispuestas a probar nuevos productos, servicios, modelos de comportamiento y creencias. Esa oferta, por otra parte, llama a sus puertas un día sí y otro también, un minuto y al siguiente; es una oferta muy activa, muy insistente, muy presente. Es una oferta de individuos y empresas que saben que operan en condiciones de mercado.

La Iglesia española no acaba de asumir que opera en un régimen de competencia libre

Ante una competencia tan poderosa, es lógico que la Iglesia española haya intentado atemperarla lo más posible, o, por lo menos, afrontarla con la mayor cantidad posible de ayudas, incluso públicas. Mi impresión es que durante mucho tiempo la Iglesia ha intentado, más que afrontar esa competencia de manera activa, *arremangándose* y saliendo al frío aire libre a captar nuevos “clientes”, protegiendo la retaguardia de los clientes antiguos, ha intentado, digo, salvaguardar algunos territorios y el acceso a determinados recursos. Es decir, ha seguido una estrategia defensiva y conservadora, que, en última instancia, le ha hecho menos capaz de funcionar en condiciones de libertad y más dependiente del poder político. Mencionaré sólo tres ejemplos de esa estrategia defensiva y conservadora: su posición sobre la asignatura de Religión en las escuelas, su posición sobre el funcionamiento y, en particular, el modo de financiación del sistema escolar, y su posición sobre la financiación pública de las actividades propias de la Iglesia.

a) defensa jurídica de la presencia de la asignatura de Religión

Las sucesivas batallas sobre la presencia de la asignatura de Religión Católica en la enseñanza escolar las ha librado la Iglesia, sobre todo, en el frente jurídico. Como está regulada en los Acuerdos Iglesia-Estado de los años setenta y estos son un tratado internacional que no se ha denunciado ni modificado, entonces debe estar presente en los

planes de estudio con la entidad debida, esto es, como cualquier otra asignatura. Probablemente, la Iglesia está en lo correcto, pero se echa en falta una estrategia alternativa o una de acompañamiento. No creo que baste con afirmar, una y otra vez, el derecho de los padres a elegir esta asignatura, en lo cual seguro que también tienen buenas razones.

¿No habría cabido en su estrategia de defensa de esa asignatura un comportamiento mucho más activo para promoverla entre los fieles? En las parroquias, en los medios de comunicación, en los centros sociales regentados por órdenes religiosas, allá donde pueda llegar el mensaje de los eclesiásticos a los fieles. ¿Y no habrán pensado en hacerla más atractiva para los estudiantes? No me refiero a hacerla más divertida o entretenida, de manera banal y superficial, sino, justamente, todo lo contrario: atenta a las preocupaciones vitales de niños y jóvenes, pero con más profundidad religiosa –lo cual, seguramente, implica más apertura hacia otras confesiones o revelaciones, como probablemente sostendría don Agustín.⁷ ¿Cuántos intentos de mejorar el modo de dar la asignatura y sus contenidos para hacerlos más atractivos a los potenciales “demandantes” se han dado? ¿O es que a la Iglesia le ha bastado con mantener el 80% de alumnos matriculados en Primaria y agitar esa cifra en el debate público? Magro consuelo.

b) la opción por los conciertos escolares y no por un sistema escolar con más libertad de elección

Cuando a finales de los años sesenta y primeros setenta, las órdenes religiosas de la enseñanza empezaron a sentir plenamente la competencia de la enseñanza pública gratuita, se planteó una discusión en el seno de sus asociaciones acerca del tipo de financiación pública que acabarían requiriendo. Sobrevivir estrictamente con financiación privada habría reducido, de golpe, la participación de esas órdenes en la enseñanza a una presencia testimonial. El ejemplo de otros países lo dejaba muy claro. Se plantearon dos alternativas: las subvenciones a los centros y lo que hoy llamaríamos el cheque escolar. La segunda vía implica que la financiación llega a los centros privados (y a los públicos) a través de las elecciones que hacen las familias. Si un centro atrae a 100 familias, recibirá 100 cheques; si sólo atrae a 50, recibirá 50. La primera implica acuerdos con el poder político y continuas negociaciones con éste para renovar la subvención. Las órdenes religiosas, en

⁷Agustín Andreu, *Sobre revelaciones religiosas y filosofía* (Casa Asia, 2007), capítulo “Revelaciones y civilizaciones”.

una asamblea de la segunda mitad de los años sesenta, optaron por la subvención,⁸ sustrayéndose, en parte, a la libre elección de las familias, y fiando su suerte a las negociaciones con la clase política. Al final, esa opción estratégica se concretó en los conciertos escolares regulados desde mediados de los años ochenta. Y siempre que se ha planteado el tema del cheque escolar, la patronal de los colegios religiosos se ha situado en primera línea de oposición.

De nuevo, en vez de optar por la alternativa, digamos, de mercado, optó la Iglesia por la alternativa del acuerdo con el poder político, con las correspondientes cesiones, sobre todo en la cuestión del currículo y, algo menos, del gobierno de los centros. Y con el riesgo, siempre presente, de que llegue al poder un segmento de la clase política opuesto a estas subvenciones o partidario de limitarlas. La variedad de políticas al respecto existente en las distintas administraciones autonómicas da fe del riesgo que se corre con esta opción.

No diré que elegir la vía de los conciertos escolares no haya dado sus frutos. Grosso modo, los centros de la Iglesia han mantenido su cuota de mercado desde 1985, lo cual es meritorio, dados los cambios habidos en la sociedad española desde entonces. Mi duda es si esa cuota de mercado se ha mantenido a costa de un desdibujamiento de la identidad de los centros católicos, y, en particular, de la pérdida del espíritu empresarial en el campo de la enseñanza que caracterizó a las órdenes religiosas en tiempos pasados. En las conversaciones que alguna vez he tenido con directivos de la patronal los he visto temerosos de la competencia de los centros privados no subvencionados, a la defensiva, partidarios del statu quo. No parece la actitud más apropiada para operar en un mercado de creencias; más bien es la menos adecuada.

c) la opción, de facto, por una financiación pública no vinculada a las decisiones de los contribuyentes

De cara a la financiación de sus actividades de culto, la Iglesia, durante la transición democrática, tenía dos grandes alternativas. Podía optar por una financiación sobre todo privada conseguida de manera directa, mediante donaciones, herencias y demás, o hacerlo por una financiación básicamente pública. Al final, la Iglesia decidió seguir dependiendo de un importante monto de financiación pública. Ésta podía llegar por dos vías: una

⁸Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez, *La educación general en España* (Madrid, Fundación Santillana, 2003), p. 407.

cantidad decidida de común acuerdo entre la Iglesia y el Estado (o decidida por éste, consultando o no a la Iglesia) o una cantidad que sería el resultado de los millones de decisiones individuales de los contribuyentes marcando la correspondiente casilla en sus declaraciones de la renta.

La segunda vía tenía su riesgo. Quizá por ello se optó por una solución, en apariencia, transitoria. Si la financiación obtenida a través de la casilla de la Iglesia en la declaración del impuesto sobre la renta no llegaba a un cierto límite, el gobierno completaría la cantidad con dinero procedente de los impuestos generales. Esa transitoriedad ha durado, si no recuerdo mal, más de veinte años, hasta que ha llegado un gobierno, el socialista actual, que ha promovido una nueva regulación por la cual la Iglesia tendrá que buscarse sus habichuelas sólo como resultado del número de fieles que marquen su casilla en la declaración, aumentando, eso sí, el porcentaje de los impuestos que el contribuyente puede asignar a la Iglesia y/o a otros fines sociales.

De nuevo, su estrategia ha sido la de la seguridad, y la comodidad, y no la de los espacios abiertos y libres. En todos estos años, la Iglesia española no ha sentido la necesidad de apelar a sus bases de fieles para conseguir financiación, pues la tenía garantizada políticamente. No ha tenido que hacer campañas de verdad, bien montadas, en los medios de comunicación y en las parroquias. No ha tenido que imaginarse buenos y nuevos argumentos para cautivar y persuadir a una feligresía que ha abandonado en masa esas parroquias. No ha sentido la necesidad de entender no sólo por qué dejan de ir a misa, sino, meramente, por qué no marcan la casilla de la Iglesia. Disculpen el celo profesional, pero ¿cuántas encuestas ha hecho la Iglesia para enterarse de esto? ¿Cuántas reuniones de grupo en las que fieles y ex-fieles han hablado de su experiencia? Muy pocas o ninguna. Se me podrá decir que la Iglesia no tiene necesidad de esas técnicas, que puede acopiar información gracias a su tupida red de parroquias y otros centros. Pero, ¿de verdad está recogiendo esa información y la está canalizando de forma que sea útil en su captación de fondos? Pues no se nota mucho; al menos, no en el tema de la financiación a través del impuesto de la renta: el porcentaje de quienes marcan la casilla de la Iglesia (sola o junto con la de fines sociales) lleva varios años oscilando alrededor del 33% de los contribuyentes.

También es un resultado meritorio; ese porcentaje podría haber caído. Pero, ¿qué va a pasar ahora, en la nueva situación? ¿Va a adaptarse con facilidad la Iglesia al hecho de

depender estrictamente de las elecciones fiscales de sus fieles y no de la magnanimidad de la clase política? ¿Va a intentar cautivar a esa base de fieles? ¿O se va a conformar con que se ha subido el porcentaje de los impuestos que se asigna a la Iglesia y eso les va a permitir mantener –incluso subir algo– el volumen actual de ingresos? ¿Y si la gente se empieza a cansar de poner la cruz en la casilla de la Iglesia? La última campaña de la Iglesia recordando a sus fieles la conveniencia de marcar esa casilla parece más activa y tener más medios que las anteriores, pero me da la impresión de que sigue sin llegar más allá de los ya convencidos.

Los riesgos de la dependencia de las decisiones políticas

Seguir dependiendo tanto de las negociaciones con la clase política y tan poco de los millones de decisiones libres de católicos más o menos practicantes tiene sus riesgos. Uno es el de la dependencia de la buena voluntad de esa clase política, que no tiene por qué mantenerse indefinidamente. Prueba de ello es el gobierno español actual, el liderado por Rodríguez Zapatero, con una estrategia clara y decididamente secularizadora que apenas admite descansos tácticos. Por otra parte, quizá sirvan de algo las alianzas con los partidos afines, del centro-derecha, de ámbito nacional o de orientación local nacionalista, pero embarcarse, casi de lleno, en las estrategias identitarias de algunos de ellos tampoco ha servido de mucho. Los niveles más bajos de religiosidad y de moralidad afín o cercana a la doctrina católica se dan, y muy claramente, en el País Vasco y Cataluña.⁹

Otro riesgo, quizá más importante, es el de acostumbrarse a los tratos con políticos y burócratas, y, consecuentemente, perder el *ethos* propio de quienes operan, por seguir con nuestra metáfora, en mercados abiertos, en condiciones de libertad. Un *ethos* empresarial, prudente pero arriesgado, un tanto agresivo, activo más que pasivo, a la búsqueda del cliente potencial más que a la espera de éste. Un *ethos* que implica una predisposición a cambiar, a renovar la oferta, a adaptarla a las necesidades cambiantes de la demanda. Que implica, también, una predisposición a mirar fuera, a entender por qué otros oferentes sí tienen éxito en su apelación a las masas de consumidores. Y, en particular, una predisposición a reflexionar periódicamente sobre el modo de atender las necesidades de transcendencia y orientación moral que sigue teniendo la gente, a pesar de la gran

⁹A título de ejemplo, cabe recordar que en ambas comunidades autónomas se dan los porcentajes más bajos de matrícula en Religión Católica. En el curso 2005/06, el último disponible, estaban matriculados en esa asignatura el 57% de los alumnos de Primaria en el País Vasco, así como el 49% en Cataluña, lejos de la media nacional (79%) y de comunidades como Castilla-La Mancha (92%), Andalucía (92%) o Extremadura (95%).

extensión del materialismo, el hedonismo, el individualismo y demás *ismos* condenados por la Iglesia.

Me pregunto si se puede afrontar con garantías de éxito la enorme competencia que he mencionado más arriba sin contar con ese tipo de predisposiciones, desde el Papa hasta el último sacerdote.

Desde la Iglesia se me podría contestar que no les ha ido tan mal, que sus resultados, como yo mismo he reconocido en algún caso, son meritorios, teniendo en cuenta los cambios habidos en los últimos treinta años y la potencia de las fuerzas secularizadoras”. Desde luego, parecen meritorios. Con poca ambición, pero meritorios. ¿Lo parecen o lo son? ¿Son un éxito o un fracaso? Obviamente, no puedo contestar con rotundidad a esta pregunta, pero sí puedo concluir esta breve reflexión con un nuevo dato, bastante reciente, que pone en perspectiva comparada en qué medida ha podido tener éxito la estrategia de la Iglesia. En noviembre-diciembre de 2006, el Eurobarómetro preguntó a muestras representativas de cada país de la Europa de los 25, cuánta importancia tenía la religión en sus vidas. En la clasificación de mayor a menor importancia, España quedó en el quinto lugar, pero empezando por el final, por debajo de Letonia y escasamente por encima de Suecia y Dinamarca, los dos últimos, al menos, países muy destacados en las tendencias secularizadoras del siglo XX. Llamativo, ¿no lo creen?

ASP Research Papers están orientados al análisis de los procesos de emergencia y consolidación de las sociedades civiles europeas y la evolución de sus políticas públicas.

En ellos, se concederá atención especial a España y a la construcción de la Unión Europea; y, dentro de las políticas públicas, a las de recursos humanos, sistema de bienestar, medio ambiente, y relaciones exteriores.

ASP Research Papers focus on the processes of the emergence and consolidation of European civil societies and the evolution of their public policies.

Special attention is paid to developments in Spain and in the European Union, and to public policies, particularly those on human resources, the welfare system, the environment, and foreign relations.

ASP, Gabinete de Estudios S.L.

Quintana, 24 - 5º dcha. 28008 Madrid (España)

Tel.: (34) 91 5414746 • Fax: (34) 91 5593045 • e-mail: asp@ctv.es

www.asp-research.com